

cuarto capítulo estudia su breve estancia en Irlanda y la llegada a Bélgica, donde se realza la importancia de la Universidad de Lovaina, muy influida por León XIII y el cardenal Mercier; explica la sintonía que se creó entre Alberto y la Universidad, presentando las características del Instituto de Psicología y Educación de ésta. El quinto refiere el final de sus estudios teológicos iniciados en Barcelona; describe la efervescencia intelectual del lugar, el surgir del movimiento catequístico, y la teología del cuerpo místico. En el sexto y último capítulo se relata su Tercera Probación y su tesis

doctoral. Después hay un apéndice extenso que recoge breves biografías de amigos, compañeros, profesores, contemporáneos y testigos directos e indirectos citados a lo largo del libro (pp. 277-355).

Fue canonizado por Benedicto XVI en la plaza de San Pedro (Ciudad del Vaticano) en 2005; se convirtió en ese momento en la segunda persona nacida en Chile –tras santa Teresa de Los Andes– en ser elevada a los altares.

José Luis PASTOR DE LUIS  
Universidad de Navarra

---

## Rafael SERRANO GARCÍA / Ángel DE PRADO MOURA / Elisabel LARRIBA (eds.)

*Dimensiones religiosas de la Europa del sur (1800-1875)*

Universidad de Valladolid, Valladolid 2018, 350 pp.

Desde hace algunos años, la historiografía contemporaneísta ha desbordado el marco tradicional de la historia de las relaciones Iglesia-Estado para explorar otros aspectos de la dimensión pública de la religión. El marco espacio-temporal que plantean los autores de este volumen colectivo resulta, además, particularmente complejo e históricamente decisivo, puesto que en los países católicos del sur de Europa la transformación de las antiguas monarquías tradicionales en modernos Estados nacionales liberales estuvo determinada por prolongados conflictos acerca, precisamente, de esas dimensiones públicas de la religión católica. Las investigaciones más recientes sobre estos conflictos no hacen sino poner de manifiesto la complejidad de sus matices y la necesidad de ahondar en procesos menos conocidos de lo que se supone. Más allá de un común denominador temático,

geográfico y cronológico de rango bastante amplio, es esta preocupación metodológica la que subyace de un modo u otro a lo largo del libro, si bien es preciso reconocer que no resulta siempre fácil detectar con nitidez el hilo conductor de unos capítulos bastante dispares entre sí.

Los dieciséis breves trabajos que contiene este volumen presentan, todos ellos, interesantes resultados de investigación y, en su gran mayoría, suponen aportaciones de notable calidad. España es el país que recibe más atención, con siete capítulos dedicados específicamente a procesos históricos de nuestro país (Omes, Dufour, Larriba, Barrio, De Prado, Maza, Bedera y Maruri), otros dos además sobre las ideas religiosas de sendos personajes españoles (García Moscardó y Serrano García) y otros dos más, por último, de carácter transnacional hispano-francés (Dupont y Ramón). Italia

es el escenario de dos capítulos (Paiano y Vian) y Portugal el de uno (Ferreira). Hay, en fin, un capítulo con un cierto trasfondo italiano que en realidad se ocupa de una cuestión relativa a la Iglesia universal, el de Menozzi sobre las implicaciones –llamémoslas así– político-antropológicas de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción. En cuanto a los marcos cronológicos, solo el primer capítulo (Omes) se refiere al período de la Guerra de Independencia española, mientras que los cinco siguientes (Dufour, Larriba, Ferreira, Barrio y De Prado) fijan su atención en el ciclo revolucionario ibérico de 1820. El interés por ese momento solo se ve superado por los siete capítulos (García Moscardó, Serrano García, Dupont, Ramón, Menozzi, Paiano y Bravo) que se enmarcan en las décadas centrales del siglo, seguramente el período decisivo de enfrentamiento de la Iglesia católica con la modernidad liberal. Quedan, por último, otros tres capítulos (Maza, Bedera y Maruri) que abarcan más bien el conjunto de la centuria decimonónica y otro, por fin, el de Vian, que se circunscribe a su primera mitad.

El primer capítulo, el de Marco Emanuele Omes, doctorando de historia de la Escuela Normal Superior de Pisa, presenta un panorama de las celebraciones públicas que llevó a cabo el régimen josefino y los ocupantes franceses durante la Guerra de Independencia en España (1808-1814), que resulta interesante para conocer esta importante dimensión de la propaganda política y de la escenificación de un poder soberano disputado, si bien seguramente es el que se inserta más forzosamente en la tónica general del volumen.

Siguen dos capítulos sobre política y religión en la prensa del Trienio Liberal (1820-1823), de la mano de sendos profesores de la Universidad de Aix-Marsella: el veterano hispanista Gérard Dufour,

con un erudito y chispeante examen del *Diario Constitucional de Barcelona*, y la profesora Elisabel Larriba, que se ocupa del madrileño *El Censor*. Ambos ponen de manifiesto la importancia que tenía la política religiosa para los liberales doceañistas. El argumento más interesante que se desarrolla en las páginas del *Diario Constitucional de Barcelona* es el que presenta a los liberales del Trienio plenamente alineados con la defensa de la religión católica y de la confesionalidad, incluso desde las posiciones más izquierdistas que defendía este periódico. Este alineamiento era coherente con la letra del artículo 12 de la Constitución gaditana, que suscitaría en la historiografía un enconado debate acerca de la intencionalidad de aquellos constituyentes. De este modo, el panorama que nos presenta Dufour sobre esta cabecera de la facción así llamada «exaltada», con su vehemente protesta de catolicismo, viene en cierto modo a reforzar la tesis de que el confesionalismo propugnado por el primer liberalismo español era sincero y programático, no una concesión táctica, si bien, al mismo tiempo cumplía una función de combate ideológico y propagandístico contra los absolutistas o «serviles». La publicación madrileña que estudia Larriba, promovida por antiguos afrancesados, se mostró preocupada sobre todo por la reforma eclesiástica de impronta regalista que caracterizó igualmente al doceañismo. *El Censor*, sin embargo, a partir de la cuestión de si se debía obligar a los curas a promover desde los púlpitos la adhesión de los españoles a la Constitución, manifestó sus dudas acerca de la conveniencia de recurrir a un instrumento tan poco fiable, que más bien se inclinaba a predicar justamente todo lo contrario. Esto les dio pie a disertar sobre la conveniencia de ir preparando el terreno para una libertad de cultos y una separación Iglesia-Estado

que todavía no se planteaba en términos estrictamente doctrinales.

El capítulo de temática portuguesa se dedica también al período revolucionario que, simultáneamente y con características muy similares, experimentaron nuestros vecinos. Maria de Fátima Sá e Melo Ferreira, profesora de historia contemporánea del Instituto Universitario de Lisboa y especialista en la historia de los conceptos políticos y sociales, analiza dos conceptos discursivos, los de «regeneración» y «revolución», tal como aparecieron en dos sermones adecuadamente calificados de políticos, pronunciados por José Agostinho de Macedo, uno de los predicadores más célebres de la Lisboa de comienzos del XIX. Ambos sermones fueron pronunciados en liturgias de acción de gracias, si bien por motivos no ya diferentes sino en buena medida contrapuestos. En el primero de ellos la gratitud a la divinidad devino del regreso del Brasil en 1821 del rey Juan VI tras la revolución liberal del año anterior, mientras que el segundo fue pronunciado en 1823 tras el restablecimiento del gobierno absoluto. La autora pone así de relieve cómo el término «regeneración» terminó siendo anatemizado como sinónimo de «revolución», pese a que los liberales *vintistas* lo habían escogido precisamente como eufemismo de tal palabra.

El trabajo de Maximiliano Barrio, profesor de historia moderna de la Universidad de Valladolid, miembro del Instituto Español de Historia Eclesiástica de Roma y autor de numerosos trabajos de historia eclesiástica española en la Edad Moderna y en los primeros compases de la Contemporaneidad, abarca un período más amplio que el propio Trienio, aunque queda de manifiesto la centralidad de los acontecimientos de aquella etapa revolucionaria. Se trata de la nunciatura de Giacomo Giustiniani en Madrid entre 1817 y 1827. Tras un

breve bosquejo biográfico del diplomático pontificio, en el que cabe destacar sobre todo la frustración de su elección papal en el cónclave de 1830 por el veto impuesto por el cardenal Marco, en uso de la delegación del *ius exclusivae* de Fernando VII. El año 1823 dividió en dos períodos claramente diferentes la misión de Giustiniani en nuestro país. Esta delimitación no solo vino marcada por la reacción absolutista en España sino también por la elección del papa León XII, que adoptó un perfil marcadamente reaccionario, frente al talante más contemporizador de su predecesor Pío VII. Giustiniani tuvo actitudes ambivalentes ante el Trienio. Benévolo al principio, los excesos de la libertad de imprenta endurecieron su discurso hasta el punto de que la Santa Sede tuvo que refrenarle en aras de la prudencia diplomática. El período que siguió al restablecimiento del absolutismo se reveló, sin embargo, mucho más problemático para el nuncio, ya que se enredó irremediabilmente en las contradicciones de un régimen que pretendía restablecer la monarquía absoluta pero que, al mismo tiempo, aspiraba también a lograr algún tipo de concordia con el liberalismo moderado. Tanto fue así que cuando, en 1827, el conflicto estaba ya a punto de degenerar violentamente en la guerra de los *malcontents* de Cataluña, no le quedó otro remedio a Giustiniani que presentar su renuncia a la nunciatura.

Los trabajos dedicados al Trienio concluyen con un examen de las circunstancias y consecuencias de la abolición de la Inquisición en 1820, así como de los frustrados intentos de revivirla a partir de 1823 por medio de las denominadas juntas de fe que se constituyeron en diversos lugares. El profesor de historia moderna de la Universidad de Valladolid Ángel de Prado es un autor de prolongada experiencia en historia inquisitorial. Tal vez por eso mismo, pare-

ce implícitamente dar por ya conocidos los argumentos que sustentarían la frecuente alusión que hace al rechazo generalizado del Santo Oficio por parte de la población española. La existencia de ese rechazo, sin duda muy significativo en amplias capas de la sociedad, no debe oscurecer el evidente vigor social que también tenía la intransigencia religiosa, la cual, no casualmente, estaba en la base del fenómeno político del carlismo, cuya eclosión se estaba fraguando precisamente en esos momentos.

Los dos siguientes capítulos nos trasladan ya a las décadas centrales del siglo y se dedican a sendas manifestaciones personales de religiosidad, cuyo principal interés radica, más allá de su mayor o menor valor literario, en que reflejan, cada una a su modo, el ambiente cultural del momento. Así pues, Ester García Moscardó se ocupa de las ideas religiosas del político republicano Roque Barcia Martí (1823-1885), sobre el que la autora ha realizado recientemente su tesis doctoral en la Universidad de Valencia. García Moscardó pone de relieve cómo, no obstante, el carácter generalmente laico e incluso antirreligioso del republicanismo, las creencias religiosas de Barcia no eran completamente insólitas en el panorama de la izquierda liberal española y europea. Se trataba, sin embargo, de una religiosidad heterodoxa en la que la Iglesia, en tanto que aliada del orden monárquico y tradicional que se quería superar, merecía el juicio más severo. La fe cristiano-republicana de Barcia presentaba asimismo rasgos mesiánicos y místicos que se expresaban con un lenguaje emotivo y romántico. Rafael Serrano García, por su parte, analiza la visión de la historia que el poeta José Zorrilla (1817-1893) vertió en los versos de *La Inteligencia* (1867), un largo poema sobre la historia universal, un balance crítico de los logros humanos, en los que el uso de la razón y la inteligencia –que da

nombre al poema– queda oscurecido por la permanente tendencia del hombre a la violencia y a la sinrazón. El autor del capítulo, profesor de historia contemporánea de la Universidad de Valladolid y experto en el Sexenio Revolucionario (1868-1874), destaca la asociación idealizada que establece el poeta vallisoletano entre cristianismo –o, mejor dicho, la figura de Cristo– y los valores contemporáneos de la libertad y la igualdad, reflejando de este modo una cosmovisión bastante acorde con el liberalismo conservador del moderantismo tardoisabelino.

Dentro también de estas mismas coordenadas temporales, adoptan los dos capítulos siguientes una perspectiva transnacional, o si se prefiere, transpirenaica, puesto que son España y Francia los dos puntos de referencia de los fenómenos que se estudian. En el primero de ellos, Alexandre Dupont, profesor de historia contemporánea de la Universidad de Estrasburgo y especialista en movimientos contrarrevolucionarios del XIX europeo, examina las confluencias y divergencias de legitimistas y neocatólicos, durante los años sesenta a noventa. Los llamados neocatólicos o neos se singularizaron como la extrema derecha del liberalismo conservador y situaron la recatolización de la sociedad en el centro de sus preocupaciones, desentendiéndose en cambio de las reivindicaciones dinásticas y restauracionistas de los legitimistas, ya se tratase de los carlistas en España o de los partidarios del duque de Chambord en Francia. El neocatolicismo fue, sin embargo, una tendencia de carácter más minoritaria e intelectual, mientras que los legitimistas habían articulado verdaderos movimientos de masas. Las conexiones entre ambos fenómenos fueron intensas, especialmente en los momentos revolucionarios, que propiciaban la formación, precisamente, de amalgamas contrarrevolu-

lucionarias de gran éxito tanto durante el Sexenio en España como durante la Comuna en Francia (1871). Francisco Javier Ramón, por su parte, desde la privilegiada atalaya de su doctorado conjunto en historia religiosa contemporánea en las Universidades de Zaragoza y París 8, estudia el fenómeno de las peregrinaciones españolas a Lourdes y su repercusión en la modernización del culto pilarista en Zaragoza, durante el último tercio del siglo XIX, así como la función que ejercieron en España estas peregrinaciones y estas devociones marianas –nueva una, renovada la otra– en la vertebración de las identidades católicas durante el período de la Restauración.

Esta importancia del culto mariano en la renovación de las identidades católicas queda aún más de manifiesto en esa suerte de dimensión político-antropológica que habíamos caracterizado al comienzo de la reseña. El renombrado historiador de la Iglesia contemporánea Daniele Menozzi, profesor de la Escuela Normal Superior de Pisa, desarrolla, en uno de los más interesantes capítulos del libro, el trasfondo e implicaciones de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción. El profesor Menozzi recorre la preparación de la declaración *ex cathedra* de 1854, poniendo de relieve la importancia que tuvo para sus protagonistas otras implicaciones doctrinales de lo que en principio parecería una cuestión puramente teológica. Sin embargo, al proclamar la fe en la ausencia de pecado original en la Virgen María, se quería resaltar precisamente la existencia universal del pecado original y sus consecuencias en todos los demás hombres, de tal modo que se atacaban en su raíz los presupuestos antropológicos del liberalismo y de lo que el autor engloba como la «modernidad política». Documenta de este modo cómo la magna empresa de crear un símbolo contemporáneo que condenase

de una vez y solemnemente los errores modernos se quiso vincular estrechamente a la definición mariana. Este proyecto terminó frustrándose en sus términos máximos y el *Syllabus errorum* tuvo que esperar todavía otros diez años.

En el mismo contexto de renovación de las identidades católicas se sitúa el asociacionismo juvenil, una de cuyas manifestaciones, la Sociedad de la Juventud Católica, es el objeto de estudio del capítulo escrito por Maria Paiano, profesora de historia del cristianismo en la Universidad de Florencia y especialista en las dimensiones sociales y políticas del catolicismo contemporáneo. La autora detalla los elementos constitutivos de la espiritualidad de esta organización italiana, cuyo nacimiento en 1868 estuvo completamente vinculado a los estertores del Estado Pontificio y al clima de defensa armada del poder temporal del papa. En el otro capítulo de temática italiana, el profesor de historia del cristianismo en la Universidad de Venecia Giovanni Vian, detalla la situación de la Iglesia en el Véneto durante la dominación austriaca. Como Paiano, Vian pone igualmente de relieve la importancia de la dimensión religiosa en el proceso de unificación italiana. Ciertamente no se cuestionaba en el Véneto el poder temporal del papa, sino el de una monarquía tradicional cuyo dominio, además, sobre los antiguos territorios de la república veneciana no eran sino el resultado de los arreglos diplomáticos de la Restauración postnapoleónica. En cualquier caso, la sociedad véneta experimentó también la tensión entre el nacionalismo liberal y el viraje reaccionario emprendido por la Iglesia, con Pío IX a la cabeza, tras la traumática experiencia de las revoluciones de 1848.

De vuelta a España, se examinan sumariamente en sendos capítulos los procesos de secularización y estatalización de dos

funciones públicas de gran importancia social, como eran la beneficencia y la educación. El primero de ellos corre a cargo de la profesora de historia contemporánea de la Universidad de Valladolid y experta en historia de la pobreza y la marginación Elena Maza, mientras que el segundo corresponde a Mario Bedera, profesor de historia del derecho, también en Valladolid. En la evolución de la gestión de la asistencia social y sanitaria gratuita, es decir, lo que en el XIX se conocía como beneficencia, Maza expone cómo la estatalización de las instituciones afectadas por las desamortizaciones se concilió pragmáticamente con la relevancia que mantuvo la beneficencia privada. El profesor Bedera, por su parte, se detiene en los principales aspectos de

la política secularizadora de la enseñanza durante el Sexenio Revolucionario. El volumen concluye precisamente con un capítulo que permite ir observando el sentir de la jerarquía eclesiástica española ante estos y otros avances de la secularización, manifestado a menudo con una retórica de tintes apocalípticos. Se trata del estudio realizado por el profesor de historia contemporánea de la Universidad de Cantabria Ramón Maruri sobre las relaciones enviadas por los obispos de Santander para las visitas *ad limina*, en el amplio período que se inicia con la erección de la diócesis en 1754 y que concluye con el final del siglo XIX.

Rafael ESCOBEDO  
Universidad de Navarra

## Ignazio VECA

### *Il mito di Pio IX. Storia di un papa liberale e nazionale*

Viella, Roma 2018, 309 pp.

Esta monografía, que tiene sus orígenes en una tesis doctoral, trata un tema conocido y paradójico de la historia papal del siglo XIX, pero que hasta ahora no había sido explicado con detenimiento atendiendo tanto a las fuentes escritas como a las reproducciones gráficas o pictóricas, punto este que queda iluminado con 36 ilustraciones de gran valor en el centro de la obra.

La palabra mito es la que artículo el discurso del autor. Mito en el sentido moderno de creación para justificar una postura, una toma de posición, una fábula que de respaldo a lo que sabemos que no es posible o no debería ser posible. Una creación-solución auspiciada para refrendar una línea de actuación que cuando es desmontada sin embargo sigue perviviendo en la memoria popular.

Como decía Massimo D'Azeglio refiriéndose al nuevo papa: «He aquí Pío IX promotor de todo movimiento liberal, y el papado a la cabeza del siglo». Efectivamente, la elección de Giovanni Maria Mastai Ferretti, y sus primeros actos reformistas, hizo pensar en el tan deseado liderazgo papal para la unificación italiana. Un papa liberal y nacional. Los distintos historiadores que han tratado la figura del papa en sus años iniciales, desde un Benedetto Croce hasta un Giacomo Martina, han tratado de dar razón de semejante ilusión y su posterior desmentido atendiendo a la posición de la curia, al contexto internacional y a la personalidad indecisa del pontífice. Veca sostiene que el mito del papa liberal va más allá del 1848 e incluso se infiltra en la historiografía y en el sentir popular extra ita-